

Un guijarro contra la barbarie Presentación de «Poesía y violencia»

EMILIA PERASSI Y SANDRA LORENZANO

*De la cabeza a los pies, un fulgor de sangre
sobre el mapa de México. De los desiertos
a las verdes montañas insaciables, una sombra múltiple
de fulminación y vergüenza: rostros caídos y borrados,
cabellos que el viento recoge
y luego quiebra con su mano de rayos...*

David Huerta, «Sobre las muertas de Juárez»

1. INTRODUCCIÓN

¿*Para qué poetas en tiempos de penurias?*, se preguntaba Hölderlin. Para qué poetas cuando el mapa de América Latina pareciera ser este fulgor de sangre, este aire desgarrado, estos huesos sembrados en tierra de nadie, arrebataados a su nombre y a su historia. Entre el muro de Trump en un extremo del continente y la violencia contra los mapuches en el otro, se despliega el abanico de nuestros horrores: pobreza, injusticia, autoritarismo, narcotráfico, feminicidios... La terrible desigualdad que caracteriza nuestra realidad es el caldo de cultivo de las infinitas violencias que enfrentamos. Norte y sur. ¿Cuál es el norte en este marasmo de cuerpos arrancados a la vida? ¿Dónde está el sur? Sabemos que no hablamos de geografía, hablamos de versos y de dolores. «Los cuatro puntos cardinales son tres: el norte y el sur», escribió Huidobro. Todos somos sur: los migrantes, los desplazados, los mutilados, los secuestrados, los que perdieron su tierra, los que perdieron hermanos, los que viven en chabolas, en ciudades perdidas, en villas miserias. El margen es aquí nuestro centro. El margen es nuestro sur.

¿Para qué poetas en tiempos de penurias, entonces? Quizás habría que responder con otra pregunta; la que hace el poeta colombiano Juan Manuel Roca, «¿para qué poetas en tiempos que no sean de penurias?»¹ ¿Qué utilidad tiene la poesía?

¹ Juan Manuel Roca, «Notas sobre poesía y violencia», <http://www.idartes.gov.co/noticia/notas-sobre-poes-y-violencia-0> (fecha de consulta: 13/11/2017).

En el manifiesto *La utilidad de lo inútil*, dice el italiano Nuccio Ordine:

Si dejamos morir lo gratuito, si renunciamos a la fuerza generadora de lo inútil, si escuchamos únicamente el mortífero canto de sirenas que nos impele a perseguir el beneficio, sólo seremos capaces de producir una colectividad enferma y sin memoria que, extraviada, acabará por perder el sentido de sí misma y de la vida².

Y ahí –¿tenemos que decirlo acaso?– está la poesía.

El puro desperdicio, el exceso, aquello que no puede ser domesticado, ni catalogado, ni clasificado. Deseo, pulsión («Oh, qué será, qué será», canta el brasileño Chico Buarque), lo que desestabiliza centros y periferias, lo que se dice incansablemente a sí mismo para poder nombrar lo que le rodea. Palabra ajena a las leyes del intercambio, palabra nómada, palabra que fluye entre el placer y el dolor.

¿Cómo detener-nos y dejar que *el dolor de los demás* –como lo llama Susan Sontag– deje su huella en nuestra piel si no es a través de la poesía? El vértigo, el simulacro la apatía o incluso la conmoción que dura lo que se tarda en dar vuelta la hoja del periódico, quizás sean el modo en que buscamos olvidar nuestro “ser para la muerte”.

La poesía nos regresa a aquellos pocos elementos esenciales que nos permiten tener los pies en la tierra, el cuerpo abierto hacia los demás, y la mirada hacia lo que está más allá de nosotros (¿trascendencia, infinito, inconsciente?). Y en esa línea de la poesía verdadera (porque también aquí hay mercaderes de la palabra que nada tienen que ver con lo que nos interesa) el eje es siempre la ética. Ética entendida como “des-interés”, como la necesidad impostergable de ponernos en el lugar del otro, dice Lévinas. En ese sentido, entendemos la relación entre poesía y política; lo político de lo poético.

2. ENSAYOS

En las páginas de este número de *Tintas* la reflexión y la creación parten de este vínculo poesía-política, y desde ahí exploran el sentido ético que en momentos críticos, como los que vivimos hoy, debe tener la palabra poética.

Iniciamos con el artículo de Javier Sicilia, «Silencio y mudez», porque consideramos que brinda un marco adecuado para ubicar todas las demás colaboraciones. En él, el poeta recorre la noción de silencio partiendo desde aquel impregnado por el horror –Auschwitz y el asesinato de su propio hijo son ejemplo de la ausencia de palabras en que nos hunde la barbarie–, hasta el silencio imprescindible para el surgimiento de la palabra poética. Y es allí donde lo terreno, lo humano y lo celestial, dice Sicilia desde su lucha por los derechos humanos, se encuentran: en la lengua.

Donde la violencia –que es la consecuencia de la degradación y de la corrupción del lenguaje– impera, lo mudo se establece. A pesar de que en un mundo así se sigue hablando, el sentido en realidad está amordazado y los seres

² Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil*, Barcelona, Acantilado, 2013, p. 25. El comienzo del párrafo es el siguiente: «he querido poner en el centro de mis reflexiones la idea de utilidad de aquellos saberes cuyo valor esencial es del todo ajeno a cualquier finalidad utilitarista». Final «Y en ese momento, cuando la desertificación del espíritu nos haya ya agostado, será en verdad difícil imaginar que el ignorante *homo sapiens* pueda desempeñar todavía un papel en la tarea de hacer más humana la humanidad» (*ibidem*).

humanos que aún tienen alguna noción de la sacralidad y la importancia del lenguaje en el orden de la humanidad y de la vida civil, experimentan la sensación de estar atrapados en la desesperación de la mudez, pero también la posibilidad de desatarla,

escribe Javier Sicilia.

No hay dudas de que la lengua surgida de la violencia es finalmente, como proponía Paul Celan, una lengua calcinada. El horizonte de esa lengua calcinada, de esa palabra poética que viene del horror y aspira a la trascendencia, es el horizonte en el que se inscriben las propuestas de este número, recuperando el sentido ético y moral de la política y de la propia poesía.

Es esa misma fe en la palabra la que sostiene las páginas escritas por Maruan Soto Antaki. Desde su pertenencia a dos países que sufren grados extremos de violencia –Siria y México–, y en tanto narrador, considera al lenguaje y al diálogo que de él surge como única posible oposición a la barbarie. Así, en «Las cenizas de nuestra historia» cuenta: «Soy el narrador de las malas noticias, le dije a un entrevistador mientras me preguntaba sobre Siria. Yo explico lo que pasa, a eso me dedico. ¿Qué busca el que explica la violencia? Una sola cosa: un otro. En ese otro se espera la empatía, lo que pide quien ya no puede pedir nada».

Aunque la mayor parte de los artículos habla de violencia política, el artículo de Naomi Lindstrom se vincula en cierto modo con la línea religiosa que también tiene el texto de Sicilia; religiosa o mística. Así, en «La pérdida y la destrucción en la poesía visionaria de Myriam Moscona», y tomando como punto de partida los nueve poemas que conforman el libro *El árbol de los nombres*, Lindstrom analiza los vínculos de la poesía de la mexicana con la literatura mística, profética y apocalíptica.

La poesía de Moscona reúne componentes derivados del judaísmo y del pensamiento folklórico judío de diversas épocas, mezclados con alusiones cristianas y paganas, con creencias populares ampliamente difundidas y con las prácticas discursivas asociadas con la poesía innovadora a partir de las vanguardias,

escribe Lindstrom.

Este abreviar en las tradiciones dialoga en todo momento, de acuerdo con la lectura propuesta, con la cultura posmoderna, “para comunicar las experiencias de la pérdida y la destrucción”.

Entre los ensayos que publicamos, cuatro tienen como referente la situación actual de México y las respuestas poéticas que esa situación ha generado. De lo testimonial a lo crítico, proponemos partir del texto de Sara Uribe, continuar con el de Rike Bolte –que tiene al trabajo literario de la propia Uribe como uno de sus ejes– y el artículo de Héctor Domínguez Ruvalcaba sobre el activismo poético en las calles, para cerrar con el análisis puntual que hace Oswaldo Estrada sobre *Las elegidas* de Jorge Volpi.

El título que le da Sara Uribe a su ensayo podría ser el encabezado de estas páginas: «¿Cómo escribir en un país en guerra?». A lo largo del texto va entrelazando la historia de aquello que la llevó a escribir su *Antígona González* (poema, obra de teatro, performance) con la línea teórico-crítica en la que se basó, así como con la dolorosa situación de violencia desatada en el país durante la presidencia de Felipe Calderón y cuyo sangriento desarrollo continúa bajo el gobierno de Enrique Peña Nieto. Uribe propone pensar y crear desde el propio cuerpo, pero también «desde los cuerpos fragmentados, dislocados, expuestos». Desde «los cuerpos que nos han sido arrebatados. Los cuerpos que nos faltan».

La escritura en tanto respuesta al horror, se vuelve imprescindible para la poeta a partir del siniestro asesinato de setenta y dos migrantes en San Fernando, Tamaulipas, y el hallazgo de los cuerpos en 2011. La escritura es también reescritura, apropiación de las palabras de otros para dar nacimiento a las propias palabras, y de ese modo responder a la pregunta «¿Es posible, por no decir: deseable, empuñar o blandir o alzar una palabra?». En un momento como el actual, la respuesta es sí, «porque yo no olvido, porque no olvidaré, porque no olvidaremos».

Ética y memoria forman entonces el núcleo del trabajo poético.

Rike Bolte, por su parte, vincula *Antígona González* con la obra de otra poeta mexicana, Juana Adcock y su libro *Manca*, a partir de la indagación de la voz como categoría poética. Haciendo un recorrido que abreva de teóricos como David Nowell Smith, Reinhart Meyer-Kalkus, Gayatri Spivak y Fernando Coronil, entre otros, propone profundizar en la esfera de lo *unheimlich* de la voz presente en las obras de las dos jóvenes poetisas.

De este modo, construye un marco de lectura sumamente productivo y enriquecedor para el análisis de una poesía latinoamericana «preocupada por la política y las experiencias de la violencia asociada a procesos sociopolíticos».

Tanto *Manca* como *Antígona González* hacen audibles las voces silenciadas por el horror vivido en México, y en este sentido propician la reflexión y la denuncia colectivas, a la vez que se constituyen en espacios de memoria testimonial. Los distintos recursos retóricos y poéticos se suman sin dejar de dar espacio también al blanco de la página, «como último dispositivo literario del silencio».

Si la voz es, como lo propone Bolte, al mismo tiempo espacio de memoria y denuncia, una de sus expresiones más interesantes en términos sociales la constituye aquello que llamamos “poesía pública”. Sobre este tema escribe Héctor Domínguez Ruvalcaba su ensayo «Poesía de calle: activismo poético contra la violencia en México». La poesía pública o poesía de calle es en este sentido el camino mediante el cual el dolor privado se convierte en dolor público, en elegía colectiva, y por lo mismo en construcción de una poética vinculada a los derechos humanos. El activismo a través de la poesía es una intervención ética en el panorama de la violencia.

Y una vez más el silencio es el punto de partida. El silencio de la renuncia de Sicilia a la poesía después del asesinato de su hijo: «el callar de los justos como acto poético en sí mismo» que se convierte en silencio como «grado cero de la poesía». Desde ese silencio, Sicilia convoca a un duelo colectivo. Domínguez Ruvalcaba se desplaza desde este duelo a los encuentros poéticos convocados en Ciudad Juárez (espacio emblemático de la violencia de México) por Carmen Amato, en el que se congregan poetisas consagradas y raperos, y a la iniciativa “Poesía indignada” realizada en la Ciudad de México.

La poesía habita así «el espacio público difundiendo los trazos de una moral pública que resiste al sistema de victimización y estado de terror».

Finalmente cerramos la sección dedicada a México con el artículo de Oswaldo Estrada, «Cuerpos sólo cuerpos: violencias de género entre fronteras y versos», que propone una reflexión sobre la trata de personas, especialmente de niñas y adolescentes, y su elaboración poética en el libro *Las elegidas* de Jorge Volpi. Como en el caso de *Antígona González*, esta obra de Volpi es difícilmente catalogable en términos de género literario. Estrada se refiere a ella como prosa poética, como fragmentos poéticos, como poesía narrativa, y como novela, y a través de su análisis pretende sobre todo indagar en la búsqueda de un lenguaje propicio para narrar la violencia.

El propio Volpi habla de la elección de la «fragilidad del verso», para descubrir «en el terreno de lo simbólico cómo funciona la psicología del terror en cierto momento histó-

rico, trabajando de manera poética el trauma y la inseguridad, el miedo, el sufrimiento y la desesperación de quienes se encuentran en una situación familiar».

El silencio, la ambigüedad, el trabajo con las metáforas y las imágenes poéticas, exploran los espacios menos públicos de la angustia y el dolor, y desde ese lugar se constituyen en elementos fundamentales de la propuesta ético-política del texto.

En este caminar hacia el sur del continente que nos propusimos hacer con las colaboraciones recibidas, seguimos con el artículo de la joven poeta y ensayista salvadoreña Lauri García Dueñas, gran promotora de la literatura centroamericana en México, donde vive actualmente.

Según organismos internacionales en El Salvador, el país más pequeño de la América territorial, con apenas 21.000 kilómetros cuadrados y 6,2 millones de habitantes (aunque se calcula que hay otros dos millones de salvadoreños viviendo en el extranjero), la guerra civil vivida de 1980 a 1992 dejó un saldo de al menos 75.000 muertos, 12.000 lisiados y 8.000 desaparecidos.

En «La desbordada ternura”. Poesía y violencia en El Salvador», la autora propone un recorrido por algunos de los principales poetas actuales que hablan de esta herida, del dolor de tener en la piel y en la lengua la marca del horror.

A continuación, la poeta y académica canaria Alicia Llarena nos revela la fuerza poética de la obra del venezolano Adalber Salas Hernández. Llarena analiza el poemario *Salvoconducto*, que recibiera el galardón del XXXVI Premio Internacional de Poesía Arcipreste de Hita en 2014. En una ciudad como Caracas, en la que la descomposición moral y los cadáveres amontonados son la realidad cotidiana, Salas Hernández hace del lenguaje – rico en metáforas e imágenes, inteligente e irónico, con desafíos que van de lo coloquial a lo simbólico– un camino para sortear el espanto. «Como sugiere el título», escribe Alicia Llarena,

estos poemas pueden ser leídos como consignación de palabras de un escribiente que apunta en medio de un estado de guerra, y es con ellas que retorna al refugio momentáneo que proporciona el texto mismo, la poesía se convierte en salvoconducto para la herida en documento para el alma y para que ésta viaje libremente en medio de la ciudad sitiada.

De ahí la trascendencia de la palabra poética.

La sección de ensayos termina con tres trabajos que se centran en la poesía argentina contemporánea: «Explorar el caos: Jorge Boccanera y la violencia del arte poética», de Marián Semilla Durán, «Los trabajos de Sísifo, el regreso al instante que relumbra de peligro en la poesía de hijos de desaparecidos», de Emiliano Tavernini, y «“Offshore” de Julián Axat: los susurros de la memoria», de Mirian Pino. Los tres tienen en común la referencia a la última dictadura militar que gobernó el país (1976-1983), pero mientras Semilla Durán se ocupa de un poeta ya adulto durante ese período, los otros dos trabajos se centran en poetas que siendo niños perdieron a sus padres asesinados por el régimen y han crecido con esa cicatriz que marca de manera constante su trabajo poético.

Empecemos con las reflexiones de Semilla Durán sobre Boccanera, un autor nacido en 1953, cercano a Juan Gelman como maestro y como amigo, y referencia ineludible de su generación.

¿Qué caracteriza su poesía? La búsqueda de una poética de combate, que violente el decir como respuesta a la violencia histórica. Los dos poemarios elegidos, *Polvo para morder* (1986) y *Sordomuda* (1991), exploran particularmente la reflexión metapoética.

«En esa confrontación objeto / sujeto, dar vuelta el lenguaje para hacerlo *otro* significa

también reapropiarse de la violencia sufrida para transmutarla en violencia poética y volver así a fundar la palabra; salirse del lugar del sujeto que juega el juego para violentar la lengua y fecundarla», escribe Semilla Durán.

El trabajo de Emiliano Tavernini busca analizar el tópico del regreso a la infancia o «al momento del secuestro de los padres en las poéticas de hijos de desaparecidos». Para ello se centra en las propuestas de Julián Axat, María Esther Alonso Morales, Juan Aiub y Fernando Araldi Oesterheld.

La memoria vuelta a la vez testimonio y búsqueda de la propia historia, la reconstrucción de los relatos recibidos de manera fragmentaria, de los silencios familiares y sociales, marcan las propuestas estético-políticas de los hijos de desaparecidos.

Dice Tavernini que

los trabajos realizados por estos sísifos (en tanto regresan encorvados del pasado, cargan un gran peso, el de la experiencia vicaria de los familiares) en sus poemas contribuyen a volver a tejer los vínculos sociales, destruidos por el estado terrorista pero también por el estado neoliberal y su doctrina del individualismo. Estos poemas del regreso al momento del secuestro socializan de alguna manera la culpa y la responsabilidad haciéndola extensiva a todo el cuerpo social que es afectado por el genocidio.

Como señalamos, entre los poetas trabajados en el corpus de hijos de desaparecidos ocupa un lugar destacado Julián Axat, y es a él a quien dedica Mirian Pino su ensayo. Se centra para ello en el poemario *Offshore* (2016) en el que la articulación de lo literario con la agenda de los derechos humanos y la memoria, propone un vínculo entre los Hijos –como aquellos que padecieron la dictadura militar– y los jóvenes que en el momento actual ven violados sus derechos. En el trabajo poético sobre este vínculo, la formación de Axat en el campo del derecho y las ciencias sociales, con especial énfasis en la relación de los menores con la justicia, juega un papel determinante. Su militancia en la asociación de hijos de desaparecidos H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), sumada a su trabajo como abogado con jóvenes de sectores vulnerables (“esos pibes del conurbano” a quienes dedica su tesis), marcan su poesía en la cual, según palabras de Pino, hay un pasaje de la «biopolítica a la biopoética». En todo caso, se trata de una propuesta poética comprometida con el presente que problematiza de manera permanente la relación arte-vida.

«Escribir para Axat es resistir» –concluye el artículo–, «hurgar, remover, rasgar “el lenguaje de los leguleyos”; es comprometer a los lectores a un diálogo con la poesía que se convierte en una forma de producir otra mirada sobre el real. Un nuevo agenciamiento resistente frente a la violencia al que es sometido nuestro cuerpo social».

3. POEMAS

Los poemas que forman parte de este número de *Tintas* por supuesto no buscan representar a la totalidad del campo poético sobre el tema de la violencia, ni siquiera ser una muestra representativa, sino que simplemente permiten ver algunas de las propuestas que están surgiendo en nuestra lengua.

Sabemos que hay enormes territorios de esta América nuestra que no estamos cubrien-

do con la selección que presentamos. Poetas valiosísimos de Colombia, de Venezuela, de Bolivia, de Paraguay, de tantos rincones del continente que falta incluir.

Es ésta una primera cartografía sobre la que seguiremos sin duda trabajando. No es exhaustiva ni podrá serlo nunca, pero nos compromete como amantes de la poesía latinoamericana a continuar explorando las voces hoy calcinadas –como lo planteaba Celan– por la violencia, el dolor y el desgarramiento.

El orden en que aparecen sugiere un recorrido inverso al realizado con los ensayos: partiremos aquí del extremo sur del continente –Chile y Argentina– e iremos desplazándonos hacia el norte, tal como lo hacen nuestros migrantes hacia la frontera con Estados Unidos, pasando por Perú y Centroamérica, para llegar finalmente a los poetas mexicanos. Abrimos y cerramos esta pequeña antología con dos de las mayores voces poéticas de la lengua castellana: el chileno Raúl Zurita y el mexicano David Huerta. Un marco excepcional para un continente en el que la poesía ha tejido siempre lazos entre lo político, lo estético y lo ético.

De Raúl Zurita incluimos tres poemas que revelan justamente la trama de este tejido: dedicados al gran pintor Roberto Matta, sus títulos son preguntas que interpelan a personajes vinculados a la conquista de América, desde «¿Vespucio escuchas?» a «¿Pizarro oyes?», «¿Cortés sientes?», la pintura se cruza con el “nuevo mundo” americano, deslumbrante y dolido.

Los cuadros del sueño y la locura trazan el
espectáculo de los astros estallando y en el fulgor
del despertar los ojos míos te ven mestiza y alba
como una aurora sobrevivida entre dos noches.

Esa América nuestra que nace entre lo divino y lo terrible es el territorio en el que se enraíza la palabra poética que constituye el núcleo de la presente selección.

A nuestra invitación respondieron voces diversas, pero igualmente atravesadas por violencias que marcan las palabras y los cuerpos para siempre. Como marcó un hierro al rojo vivo la mejilla de Zurita en 1975. «Mi mejilla es el cielo estrellado», escribió entonces. Y de algún modo, la piel de los poetas latinoamericanos es, en este sentido, el cielo estrellado: la totalidad, el pasado y el hoy, lo individual y lo colectivo, lo que vincula –como lo decía Sicilia en el ensayo que aquí presentamos– la palabra con lo sagrado.

En las páginas que siguen nos detendremos menos en la trayectoria de las y los poetas reunidos y más en la escritura misma como modo de ir trazando esta inicial pero potente cartografía. En cada caso, iremos citando pequeños fragmentos de las obras antologadas.

Empezamos con los poemas en prosa de Alicia Kozameh que abren la sección argentina, en tanto ejemplo absoluto de las pieles y el lenguaje marcados por el horror. Las imágenes como revulsión hablan de estas cicatrices:

Sobre la mesa, un plato. Sobre el plato, un calendario. Sobre el calendario, una
cuchara. En la cuchara, un ojo con restos de sal de sangre.

El pasado de cárcel y torturas se actualiza en un hoy lastimado.

También Alicia Partnoy es una sobreviviente de la dictadura. «Para un Cristo sin cruz» fue escrito en la cárcel y es ese poema el que de algún modo funda su lenguaje. Cercano al de la poesía conversacional su trabajo poético es confesión y abierta denuncia.

El Cristo de mi celda,

se desclavó de su cruz.
Que venga otro a clavarlo,
que yo no lo he de hacer.

A la misma generación de Kozameh y Partnoy pertenece María Teresa Andruetto. Como en las obras de ellas dos, en los poemas de Andruetto puede leerse la marca del horror. Pensamos, por ejemplo, en el poema «El olivo de La Perla» que se refiere al único árbol que sobrevivió en uno de los más terribles campos de concentración del país.

[Q]ue nos diga
dónde están los cuerpos,
dónde

Y ese reclamo, esa necesidad de reconstruir una memoria-herencia, es también un reclamo por la justicia. En ese reclamo, la palabra calcinada trasciende las fronteras del propio país y se cruza con otros dolores, en otras geografías, como sucede en el poema «Un amigo me escribe desde Siria». En él, las palabras llegadas desde Medio Oriente («pronto esta noche infernal / terminará y volveremos a caminar / sobre cadáveres») se mezclan con las coplas de los Valles Calchaquíes y su tristeza infinita.

El cuerpo femenino es «el cielo estrellado» albergando en sí mismo vida y muerte.

Curiosamente es también sobre Siria que escribe otra poeta cordobesa, Susana Cabuchi. De su libro *Siria*, actualmente en proceso de escritura, son los poemas que publicamos. Poemas en que la historia familiar es el modo de acercarse a un mundo aparentemente desconocido, pero marcado por horrores que resultan cercanos:

Alguien preguntó
sobre la poesía después de Auschwitz,
también yo lo pregunto
desde las ruinas de Quneitra,
sus hospitales muertos, sus calles incendiadas,
las infinitas filas de cruces blancas sobre
la vergüenza del mundo.
¿De quiénes son las tumbas?
¿Cuántos lloran entre los olivos?

En diálogo con las memorias heridas que se heredan desde pasados remotos que son a la vez familiares y cercanas surge «Infieles», de Ana Arzoumanian, un texto fuerte escrito en prosa poética, que hace del lenguaje una filigrana de política y erotismo. Los armenios asesinados por el Imperio Otomano, la reflexión sobre la construcción de la otredad, la desaparición como estrategia, el goce como respuesta a la violencia, son algunos de los espacios explorados por la poeta. Las oraciones tomadas del Corán que aparecen intercaladas en el texto en cursivas forman un contrapunto con la respuesta estética.

¿Estás acá?, le pregunto ¿estás acá? Lo veo, pero lo toco esperando que su cuerpo hable. [...]
Estrujar el humor vítreo entre los bordes de mis párpados.
Comer para verte.
Confinadlas en sus habitaciones, golpeadlas.
Antes había comenzado un enfrentamiento sin retorno. Un

cambio
radical
profundo
permanente.
En el pueblo antes gritaban revolución, y se armaban.
La abuela se toca el vientre. La abuela deja correr el agua y
entra con un dedo a limpiarse adentro.

Los poemas de Juana Luján también le dan voz, al igual que las páginas de Arzoumanian, a uno de los grandes silencios de nuestra cultura: la violencia en contra de las mujeres. Una violencia que viene muchas veces de los ámbitos más cercanos, de los seres más queridos. El cuerpo femenino es un territorio expuesto a las agresiones de los hombres; la lengua poética es entonces sorpresa y dolor, «mancha oscura» ante la vergüenza:

su padre la toma de la cintura
y la levanta hacia el cielo
como a un trofeo

nunca se ha divertido tanto

después su padre la baja
y en el camino
le toca los pechos
hasta volverlos una mancha oscura.

La poesía de Julián Axat, por su parte, va de la memoria de la dictadura que es, en tanto hijo de desaparecidos, a la vez memoria social y memoria personal, a las denuncias de violación de los derechos humanos en la Argentina neoliberal y excluyente del momento actual. La lengua poética es en él ejercicio de introspección y denuncia:

No dormía, solo me despertaba a cada rato y veía, vi a mis padres, a mis abuelos, a todos de la mano mirándome fijo, pero a lo lejos vi a mis ancestros más lejanos con flores negras en las manos, como si cumplieran un ritual ajeno [...]. Vi a las tierras del interior levantarse con motopalas y a niños refugiados con estrías en los brazos quejarse de su herencia malforme, exigir la vuelta de su país con pancartas ya sin colores ni clientelas.

Como una constante en la poesía escrita por mujeres aparece la violencia sobre los cuerpos. A veces vinculada al autoritarismo del Estado, como en el caso de las poetas sobrevivientes de la dictadura, otras vinculadas a los lazos familiares. Éste es el caso de los poemas que nos hizo llegar Noni Benegas, argentina residente en España desde 1974:

Destetada con violencia,
separada
del cuerpo,
origen
de tanta desdicha.

Antes de pasar al Perú nos detenemos en otra propuesta que nos llega de España, la de Francisco Layna y sus «Violencias en 16 brevedades». Líneas apenas, uno o dos renglones,

que son imágenes sutiles e implacables, epigramas de lo siniestro.

«Hay mujeres muertas en la arena y en el agua. Los bañistas las evitan como pueden», escribe Layna en uno de ellos. Y cierra con «Un poema sobre la nieve», suerte de danza de la muerte que va de las imágenes macabras a una cotidianeidad –marcada por el último verso: «Hay un único pájaro posado en el tendido eléctrico»– que no podrá nunca librarse de la sombra del horror.

De la poeta peruana Julia Wong publicamos un texto de prosa poética, «Krankenhaus», en el que la violencia en contra de las mujeres se vuelve extrañamiento doloroso. México es allí el territorio del horror; la sangre en las piernas de una niña que permanece inconsciente no genera asombro en el hospital, tampoco un hombre con un cuchillo clavado en la espalda. El espanto de lo terrible naturalizado. Los cuerpos lastimados, la extranjería sometida a comentarios ofensivos.

¿Por qué hay sangre en sus piernas?, pregunto.

El hombre se va.

La mujer se voltea.

Hay una enorme pared mexicana que siempre está ante mis ojos
demostrándome que todo es infranqueable...

Llegamos a Centroamérica, uno de los núcleos de la violencia latinoamericana, con cinco poetas: Otoniel Guevara, Vladimir Amaya, Rolando Kattan, Enrique Noriega y Aída Toledo.

Otoniel Guevara, el gran poeta salvadoreño, vive en uno de los pueblos con mayor índice de violencia del mundo, Quezaltepeque. Su poesía está teñida de dolor; ¿cómo podría no estarlo? «Nada restituirá tu sangre», escribe en el primero de los poemas incluidos en esta antología, que cierra con los desgarradores versos: «Tendrás suerte / si encuentran tu cadáver». Le siguen «Piedra de toque del toque de queda», impregnado de una tierna ironía, y el brutal «Mundo de juguete».

Casi veinte años después que Guevara, nació también en El Salvador, Vladimir Amaya. Ni la violencia ni el dolor han cambiado. El joven poeta está presente con dos textos fuertes, rotundos, en los que las imágenes de violencia se transforman en palabras punzantes; se trata de «Rosa roja», cuyo comienzo –«Este poema me lo encargaron los muertos»– podría quizás encabezar esta presentación, y «Y cómo te reconstruyo ahora», una elegía desde el dolor de la destrucción del ser amado:

Ya nos habían advertido, amor,
que serías la muerta más hermosa.

Ya nos habían dicho
que con mi sangre se escribiría tu epitafio.

Los poemas del hondureño Rolando Kattan son, desde la herida abierta por el espanto, un homenaje a la vida. Elegimos iniciar con «Convertirme de pronto en mi ciudad»:

Cambian mi nombre en China
y lo confunden con Tegucigalpa.

Ciudad herida dispuso
acompañarme a este lugar.

Sigue «Kiribati» como una llamada al futuro cargada de deseo de cambio, y cerramos con el conmovedor «El árbol de la piña» que invoca también ese deseo en tanto utopía posible, pero –en este caso– desde una memoria ancestral. Dicen sus últimas líneas: «Sin embargo, insisto. Lo que quiero que aquí retoñe no es el árbol, sino la esperanza de que todavía hay un sitio donde abundan los árboles de piña».

Enrique Noriega, por su parte, miembro de la llamada “generación del setenta” que sentó las bases de la poesía guatemalteca actual, es uno de los grandes poeta contemporáneos. Su obra, marcada por un enorme compromiso social, es siempre ética y crítica. Basten estas líneas como ejemplo:

El trayecto de la humanidad, querida ovejita, está lleno de lobos;
los poderes terrenales, infestados de lobos;
las religiones, podridas en lobos.
¿Nos sorprendería, entonces,
que las ideologías no fueran sino madrigueras de lobos?

A la misma generación que Noriega pertenece Aída Toledo cuyos poemas reúnen a un tiempo sensibilidad y agudeza; su mirada sobre la violencia va del cuerpo a la historia, y viceversa. Imposible sustraerse de la realidad marcada por las desapariciones, la tortura, la muerte. «Ese día» –escribe–

cuando en un café
(que ya no existe)
lo esperé por largas horas
sin pestañear
perdí el miedo
cuando mataron a Rogelia
perdí el miedo
cuando mataron a Patricia
y cómo derramaron
la sangre de Mirna.

De México publicamos a cinco poetas de los muchos que en el momento actual hablan sobre la violencia que cubre al país, y el modo en que ésta ha transformado la propia lengua poética.

El primero es Hernán Bravo Varela, exquisito poeta y traductor, protagonista fundamental de la poesía contemporánea mexicana, quien nos envió un brutal poema que alude a tantos y tantos crímenes. La asfixia también es nuestra, de los lectores, a partir de los versos iniciales:

Se sentaron en la sala. Bebieron tequila.
Fumaron hasta llenar el cenicero.
Después le ataron las manos con un cable,
lo amordazaron con cinta canela
y lo golpearon en la nuca.

Sigue Rocío Cerón, conocida no solo como poeta sino como creadora que busca poner en contacto las palabras con otros medios, con otros lenguajes artísticos. En este caso, el

suyo es un poema dedicado a las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, emblemático espacio del espanto. Las imágenes siempre complejas y sugerentes de Cerón se vuelven aquí vacíos, ausencias, huesos y labios agrietados; se vuelven mantos para cubrir los cuerpos abandonados en el desierto:

*Manto, el desierto es manto.
Mirada perdida en horizonte exacto.
Fragilidad en punto ciego.
Viento que cubre la ausencia de tu nombre.*

Si las mujeres asesinadas en Juárez son un símbolo del horror vivido en México, también los son los cuarenta y tres estudiantes de Ayotzinapa. Y es sobre ellos que escribe José Ramón Ruisánchez. Más conocido como narrador y crítico, su rotunda voz poética es denuncia que grita desde el dolor:

temblando llegan llegaban
a la escuela para ser maestros
como el Maestro
para ser muchachos y maestros
no para ser muertos muchachos
pero también para ser muertos muchachos.

La violencia no es nueva para los pueblos indígenas del continente como lo sabe bien Mardonio Carballo, uno de los poetas actuales más destacados. Su compromiso ético que se manifiesta no sólo en la poesía sino en numerosos proyectos culturales, aparece con claridad en los tres textos que publicamos. Dos de ellos en versión bilingüe náhuatl-español. Del dolor de la conquista a las violencias contemporáneas sobre los jóvenes indígenas, «Sabotage» es un canto dolido que clama por la resistencia (no es gratuito que el título sea una palabra en inglés) que comienza diciendo:

Y si tú crees todas las cosas que te dicen
Tú ya no podrás decir nada
No podrás gritar
Y no podrás decir nada
Cerrarás la boca
Sólo novedades querrás vestirte
Y no podrás ver a los que padecen.

El segundo poema habla del temblor de tierra sufrido en México el 19 de septiembre de 2017. Nuevos dolores, nuevos escombros, solidaridades inquebrantables a pesar de la corrupción de las autoridades, están allí en un canto que busca ser colectivo.

Después de este «Réquiem» es la memoria del horror.

Y cerramos la antología con una voz clave de la poesía latinoamericana actual, la de David Huerta. Un poeta que ha construido de manera absolutamente ética una obra profunda, diversa, siempre sugerente, siempre reconcentrada en su lengua para –a partir de ella– conectarse con el mundo. También las mujeres de Juárez y los cuarenta y tres estudiantes han sido trabajados por su poesía; esta vez es un «Salmo para la ciudad» lo que eligió para nuestra selección, un poema desgarrado en su despiadada ironía.

Cito el cierre que es a la vez casi el cierre de esta presentación:

Así concluye, provisoriamente, con un estruendo
de terciopelo y anemia, de fatiga y de abrasiones irónicas,
el salmo nuevo
para la ciudad pecadora.

4. A MODO DE CIERRE

¿Para qué poetas en tiempos de penurias?, nos preguntábamos con Hölderlin al comienzo de estas páginas. Volvamos a la poesía:

Pienso que cada verso por humilde que sea
es un guijarro contra la barbarie
una llamita entre la oscuridad, un dibujo a ciegas
en la caverna a la que hemos regresado,
un segundo de paz entre la violencia
omnipresente y proliferante.

Es con la conciencia de la fuerza de cada verso, tal como lo plantea José Emilio Pacheco en las líneas anteriores, que los textos incluidos en el presente número de *Tintas* le responden a la violencia. Desde un lenguaje tensionado siempre, herido, calcinado, y sin embargo fuerte en su eticidad, fuerte en su compromiso crítico, fuerte en su capacidad de conmocionar.

La inutilidad de lo útil, diríamos. O la utilidad de lo inútil.

Por eso, sencillamente por eso, los poetas son imprescindibles en tiempos de penurias. No es poca cosa.